



PASOS DIARIOS

#peregrinoporelcorazón



SANTUÁRIO DE FÁTIMA
SHRINE OF FATIMA



7.

Con el consuelo
de la gracia de Dios

En este mes de mayo, Fátima te ofrece el desafío de una peregrinación más esencial: el camino es interior y podrá llevarte muy lejos dentro de ti mismo, al encuentro del santuario de tu intimidad donde Dios está presente para ti. Hacerse peregrino por el corazón es tratar de vivir interiormente lo que la experiencia de la peregrinación suscita y realiza. Fátima te llama. Aun no pudiendo venir al Santuario este mes de mayo, haz con nosotros esta peregrinación interior todos los días. Y cada noche, coloca una vela encendida en tu ventana.

Visitando la narrativa que Lucía hace de la aparición de mayo, descubriremos cuánto Dios respeta la libertad del hombre y cuál es el proceso que escoge para dársele a conocer. Hoy, ante el misterio de los sufrimientos, estás llamado a abrirte a la gracia de Dios.

En este mes de mayo, Fátima te invita a ser peregrino por el corazón. Ábrete a la gracia de Dios.

Dios mío, yo creo, adoro, espero y os amo. Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no aman.

En el séptimo día de esta peregrinación por el corazón, en este mayo único, estás invitado a tomar conciencia de la gracia de Dios que obra dentro de ti, consuélate.

Importa, por eso, hoy, una lucha más intensa para llegar al silencio interior al que estás llamado, en cada uno de los días de esta peregrinación por el corazón, porque el trabajo interior de la gracia es silencioso, delicado y sutil, incluso transparente, y solo en silencio podrás escuchar su transparencia y percibir su presencia y su obrar.

Lucha contigo por el silencio. La verdad es esa: es necesario combatir contigo mismo para alcanzar el silencio interior. Porque el murmullo secreto de la gracia, que es prometido como fortaleza para los que sufren, se encuentra más allá del ruido confuso de los muchos gritos que emergen en lo hondo de ti, o que convergen, venidos de fuera, en lo hondo de ti. Son los gritos del crecer de las raíces de tu sufrimiento, de tus sufrimientos, que se cruzan y confunden, quizás estridentemente. ¿Qué te hace sufrir?

Ayer, impulsados por las bellas y paradójicas palabras de la Señora del Cielo, nos atrevimos a acercarnos a los umbrales del misterio del

sufrimiento. Hoy, advertidos sobre lo inevitable del sufrimiento, pero confiados en la promesa pronunciada por la boca de la mujer que bebió las palabras del Hijo crucificado, ¿quieres pronunciar los nombres de tus sufrimientos, nombrarlos ante ti mismo y ante Dios, en silencio, iluminado por el transparente trabajo interior de la gracia, los sufrimientos de los cuales está hecho tu sufrimiento?

Hoy también el paso es más generoso, como el de ayer, porque hoy es Domingo y el tiempo es más largo y pausado en el Día del Señor (o no sería el día que más se aproxima a lo que será la eternidad, totalmente del Señor). El domingo es el gran día de la gracia, el día de Pascua semanal, de modo que, bebiendo en él la gracia que viene de la Resurrección de Cristo, cada día de la semana sea movido por la gracia pascual. Hoy, continuaremos adelante con el diálogo de la aparición de mayo, hasta el aviso y la promesa que la Señora le hizo a Lucía, Francisco y Jacinta, después de su pronta respuesta a la pregunta que les había hecho, una respuesta que confía, que confía con aquella confianza de los niños – los únicos aptos para el reino de Dios, dice el Señor – quienes se entregan antes de que sepan a qué se entregan.

Vuelve a escuchar las Memorias de Lucía:



Nuestra Señora nos preguntó:

– ¿Queréis ofrecer a Dios para soportar todos los sufrimientos que El quisiera enviaros, en acto de desagravio por los pecados con que es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores?

– Sí, queremos.

– Tendréis, pues, mucho que sufrir, pero la gracia de Dios será vuestra fortaleza.»

La respuesta decidida que dieron a la invitación para participar en la redención fue, para los pastorcitos, fuente de muchos sufrimientos, como la Señora les había advertido. Sufrieron por causa de la misión que voluntariamente asumieron, experimentaron incomprendimientos por parte de la familia y de la aldea, fueron acusados de mentir, perseguidos, arrestados y amenazados de muerte; y Lucía, que llegó a temer que las apariciones fueran cosa del diablo, luego fue ella misma despojada de todo y de todos, cuando fue escondida, exiliada en Oporto, sin derecho siquiera a su propio nombre. Y sufrieron especialmente los dos hermanos

pequeños Marto, por graves problemas de salud: una pandemia como la que hoy nos hace sufrir, la gripe española, acabó en breve con la vida de Francisco en 1919 y de Jacinta en 1920 (estamos en el centenario de su muerte). Pero no desfallecieron, porque la gracia de Dios siempre fue su fortaleza. Ellos confiaron. [«La gracia de Dios será vuestra fortaleza»](#).

Escucha un pasaje de la narrativa del encuentro de Jesús con la Samaritana en el Evangelio de Juan | 4,5-7.9-18.28-29:



⁵Llegó Jesús a una ciudad de Samaría llamada Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José. ⁶Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al pozo. Era hacia la hora sexta. ⁷Llega una mujer de Samaría a sacar agua, y Jesús le dice: “Dame de beber”. ⁹La samaritana le dice: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?” (porque los judíos no se tratan con los samaritanos). ¹⁰Jesús le contestó: “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice ‘dame de beber’, le pedirías tú, y él te daría agua viva”. ¹¹La mujer le dice: “Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¹²¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?”. ¹³Jesús le contestó: “El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; ¹⁴pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna”. ¹⁵La mujer le dice: “Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla”. ¹⁶Él le dice: “Anda, llama a tu marido y vuelve”. ¹⁷La mujer le contesta: “No tengo marido”. Jesús le dice: “Tienes razón, que no tienes marido: ¹⁸has tenido ya cinco, y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad”. ²⁸La mujer entonces dejó su cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente: ²⁹“Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será este el Mesías?”»

Escuchaste las palabras de Jesús, un hombre cansado y sediento por el calor y el esfuerzo del camino, como tú tantas veces, que pide de beber a una mujer con una historia de sufrimiento intenso, tal vez como tú; una historia de encuentros y desencuentros, reflejada en la sucesión de los cinco hombres a quienes había pertenecido y el actual que ni siquiera era el suyo. Jesús le ofrece la experiencia de ser mirada desde dentro, un mirar misericordioso que la miró misericordiosamente desde dentro de sus propias heridas, sus tristezas y sus pecados; él le promete la gracia, lo que le dará mucho más que el final de su sed y de la fatiga de tener que desplazarse hasta el pozo. «[La gracia de Dios será vuestra fortaleza](#)».

La gracia sale a borbotones de una fuente en lo hondo de ti, y un río crece desde esa fuente, un río interior de agua limpia y transparente, muy interior y escondida, pero en ella, sorprendentemente, se refleja el cielo y la luz del sol durante el día, de la luna y las estrellas durante la noche. Sí, esa fuente sale a borbotones ininterrumpidamente, ese río interior de la gracia nunca se detiene, a no ser que tú lo detengas, a veces ni siquiera si tú lo detienes, o intentas detenerlo, porque el manantial está en ti, se confunde contigo, con la persona que tú eres, pero es distinto de ti. El manantial es Dios mismo, el Espíritu Santo, don del Padre y del Hijo, llamado el Espíritu de verdad y también el Paráclito, es decir, el consolador, que anima, vivifica y consuela, que habita en el secreto oculto de tu intimidad. «[La gracia de Dios será vuestra fortaleza](#)».

Peregrino por el corazón, permanece en silencio; y permanece en él, para escuchar brotar y correr esa agua que es la gracia de Dios que el Espíritu hace salir a borbotones. Aunque no lo sientas, por falta de práctica de estar en silencio, tu corazón tiene nostalgia de la fuente, que es la fuente de toda belleza y de toda bondad, la fuente de la gracia que brota de ese manantial; tu corazón tiene sed de la fecundidad de las aguas de ese río transparente y oculto que refleja la luz. «[La gracia de Dios será vuestra fortaleza](#)».

Peregrino por el corazón, permanece en silencio para escuchar el trabajo interior de la gracia de Dios en ti y para alcanzar la gratitud que conocerás cuando decidas libremente participar en la redención: ofrécete, en la transformación de tus sufrimientos en el acto de amor que los redime, y repara el corazón de Dios y el mundo. «[La gracia de Dios será vuestra fortaleza](#)».

La verdad es que tu corazón necesita tanto más de silencio en cuanto más se resiste a hacerlo. El silencio es la desnudez del alma y mirarse

desnudo íntimamente permite, mejor, obliga a ver lo que tal vez prefieres ignorar de ti mismo, de tu historia y de las tristezas y pecados que lo marcan. Peregrino por el corazón, baja al sufrimiento, los sufrimientos de tu corazón. ¿Prefieres no ver? ¿No saber quién eres realmente? ¿No tomar conciencia de lo que te hace sufrir? ¿Tendrás miedo de sufrir aún más por mirar lo que te hace sufrir? «La gracia de Dios será vuestra fortaleza».

¿Cómo cuidar de las heridas que duelen y pueden infectarse si no las conoces? ¿Cómo modelar el futuro si no metes las manos en la arcilla frágil y húmeda del pasado? «La gracia de Dios será vuestra fortaleza».

Entre todas las cosas es necesario, porque es condición indispensable a la felicidad, ¿cómo hacer el trabajo interior del perdón, el perdón para pedir y el perdón para ofrecer a alguien cercano, o incluso a ti mismo, y, por supuesto, a Dios, si no te detienes silencioso ante las tristezas y los pecados de tu historia, con corazón y manos desnudos, y los pies descalzos porque es sagrado el territorio íntimo de tu conciencia? «La gracia de Dios será vuestra fortaleza».

El silencio te revela a tus propios ojos, te hace consciente de ti mismo, te hace reconocer y conocer tu individualidad; eres único ... y eso puede ser medio paso andado para verte solo, enfrentándote con tu soledad, a veces una soledad tremenda, que duele, de la que tienes miedo porque la sientes como una amenaza, que supera tus fuerzas y a ti te hace sentir frágil y vulnerable, sin tener dónde, o en quién, reposar, encontrar consuelo y fortaleza. Es como si te descubrieses a ti mismo como un pobre herido y solitario. «La gracia de Dios será vuestra fortaleza».

Y, así y todo, ¡eres mucho más hermoso de lo que te atreves a creer, a pensar! Inmensamente más hermoso, y amable, digno de ser amado. Podrás descubrirlo si cruzas por el silencio más allá de tus heridas y llegas al manantial de la gracia, que te hace capaz de mirar hacia ellos, las tristezas y los pecados, uniendo por la oración del corazón tu mirada interior al mirar de aquél que es el único que mira hacia tus heridas desde dentro de ellas mismas, como Jesús con la Samaritana – la mirada del mismo Dios –, con su inmenso y profundo mirar, todo paz, todo luz, la luz y la paz de la infinita misericordia que él es y te comunica – eso es la gracia – cuando te decides a este trabajo interior, usando, diría el poeta, el difícil instrumento del silencio. «La gracia de Dios será vuestra fortaleza».



Dios mío, eres el que habitas en lo íntimo de mi corazón
y me llamas a abrir este mes de mayo cerrado, a convertirme en
peregrino por el corazón

para ahí encontrarme contigo.

¡Son tantos los sufrimientos de mi corazón!

La soledad y la incompreensión, angustias y miedos, pérdidas y
culpas, resentimientos.

Es tanto lo que me hace dudar de mí, de los demás que me
rodean, incluso de ti.

Pero oigo la promesa que, por boca de la Señora de Fátima,
también Señora de los dolores,

dirigiste a Lucía, Francisco y Jacinta, a quienes esperaban
muchos sufrimientos:

«La gracia de Dios será vuestra fortaleza».

Tú, oh Espíritu Santo, eres el manantial de la gracia en lo hondo
de mí,

la fuente que sale a borbotones en mi intimidad hacia la vida
eterna, un río que fluye a través de mis días.

Confiaré. Me acompañas y me consuelas, siempre me aliviarás,
me vivificarás

y me acogerás en la desembocadura, al final del trayecto,
cuando cese el combate.

Soy peregrino por el corazón, confío en tu gracia que me
fortalece.

Quiero peregrinar por el corazón

al corazón de tu madre, mi madre, Nuestra Señora del Rosario
de Fátima.

En su corazón, eres Tú el que esperas mi corazón

y, en este mes de mayo lejos de la capilla de las apariciones

me hago peregrino por el corazón: por mi corazón marcharé

y en el corazón inmaculado de la Madre escucharé el latido
misericordioso de tu corazón. Amén.

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo.

Bendita Tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto
de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por
nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.
Amén.

Madre del Cielo, estás atenta a la voz de las súplicas del mundo
en tribulación. Atiende el grito de los pobres y de los

enfermos, da consuelo y esperanza a todos los que sufren,
da fuerza y compasión a todos los que cuidan y trabajan. Da
la paz al mundo. En tu inmaculado corazón, sé, para todos
tus hijos, refugio y camino hacia Dios.

Nuestra Señora del Rosario de Fátima, ruega por nosotros.
San Francisco y Santa Jacinta Marto, rogad por nosotros.

En tu ventana, esta noche, vuelve a colocar una vela encendida, que sea
una señal de que en tu casa habita un peregrino de Fátima por el corazón.
Nuestra Señora vela por ti a lo largo del camino. En Ella se refleja la gracia,
y, como madre, te fortalece. Hasta mañana.